

El desafío de Miho

NEFELIBATA



HIKA HARADA

El desafío de Miho

Traducción de
Anna Copoví, Silvia Gummà y Marta Moya



Duomo ediciones

Barcelona, 2023

NOTA: LAS CONVERSIONES SE HAN HECHO TENIENDO EN CUENTA
LA ÉPOCA DE LA PUBLICACIÓN ORIGINAL DE LA NOVELA.

Título original: *Sanzen'en no tsukaikata*

© 2018, Hika Harada

© de la traducción, 2023, Anna Copoví Carda, Silvia Gummà Ros y Marta Moya Guillén; coordinación: DARUMA Serveis Lingüístics, S. L.

© de esta edición, 2023 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: marzo de 2023

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Av. Riera de Cassoles, 20. 3.º B. Barcelona, 08012 (España)
www.duomoediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-19521-02-6

Código IBIC: FA

DL: B 20.590-2022

Diseño de interiores:
Agustí Estruga

Composición:
Endoradisseny

Impresión:
Gráfica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)
Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la discusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

1

La forma de gastar tres mil yenes

—La forma en la que alguien gasta tres mil yenes¹ determina su vida —dijo la abuela.

—¿Qué? ¿Tres mil yenes? ¿Qué dices, abuela? —preguntó su nieta Miho Mikuriya, una estudiante de secundaria, levantando la vista del libro que estaba leyendo—. ¿Qué quieres decir con que «determina su vida»?

—Pues precisamente eso: que lo que compras con una pequeña cantidad, como tres mil yenes, lo que eliges, lo que haces con ese dinero, en última instancia dará forma a tu vida.

Miho había ido a visitar a su abuela, que vivía en el mismo barrio, y había estado leyendo *Ana, la de la isla*, senta-

1. Aproximadamente veintidós euros. (*N. de las T.*)

da en el suelo en un rincón de la habitación, abrazándose las rodillas. Mientras tanto, su abuela se tomaba un té en la mesa.

Pero aquella explicación no terminó de convencer a Miho. Al ver su cara de confusión, la anciana soltó una carcajada.

—A ver, pongamos un ejemplo... ¿Cuándo te compraste ese libro?

—En Año Nuevo, con el dinero que me diste tú.

En esa ocasión, su abuela le había regalado tres mil yenes y ella se los había gastado en varias visitas al McDonald's con unos amigos y en ese libro. Pero no se arrepentía. En el restaurante lo había pasado en grande charlando con sus amigos, y ya era la tercera vez que leía el libro de *Ana, la de la isla*, pero, lejos de cansarse de él, lo seguía disfrutando cada vez, así que no lo consideraba como un despilfarro... Y, sin embargo, por algún motivo, el dinero siempre se le acababa en un pispás. Y lo mismo le ocurría con la paga de todos los meses.

—¿No llevas las cuentas de cómo te gastas el dinero?

—Es que tampoco me dan tanto como para tener que llevar cuentas, abuela...

La paga mensual de Miho era de quinientos yenes. Esta cantidad se esfumaba nada más quedar con sus amigos en un McDonald's o comprarse algún libro. A veces, cuando no le llegaba el dinero, conseguía lo que le faltaba a base de ponerse pesada e insistirles a sus padres.

Su abuela meneó la cabeza con aire resignado, como si pensase: «No sé por qué no me sorprende... Típico de Miho».

—Dime una cosa: ¿en qué se gastó tu hermana el dinero de Año Nuevo?

—Pueees... ¿En qué fue...? Me parece que mamá la llevó al centro comercial y se compró un monedero rosa de charol. Se ve que no le llegaba el dinero y mamá tuvo que poner algo.

El regalo de Año Nuevo que la abuela le había dado a la hermana de Miho, que ya cursaba bachillerato, también habían sido tres mil yenes. Y el monedero que se había comprado con ese dinero era muy mono y le daba un toque de madurez. Su hermana se moría por llevárselo al viaje de fin de curso.

—Así que tú, Miho, te gastaste el dinero comiendo en el McDonald's y comprándote un libro, mientras que tu hermana Maho se lo gastó en un monedero rosa. Esas elecciones reflejan a la perfección vuestra personalidad, ¿no te parece?

—Que a mí me gusten los libros y a ella las cosas monas no define nuestra personalidad —respondió Miho.

—Algún día lo entenderás —se limitó a murmurar la abuelita.

Pero Miho no terminaba de captarlo y no podía estar de acuerdo. Su vida justo acaba de empezar, así que ¿cómo podía ser que las pequeñas decisiones que tomaba en ese momento cambiasen su curso?

—Abuelita, te pareces a Marilla Cuthbert.

—¿Quién es esa?

—Da igual, nadie.

Un día, sin más, aquella conversación volvió a la mente de Miho de forma súbita.

Se encontraba delante del estante donde se alineaban las teteras, en una tienda de artículos para el hogar. El recuerdo le provocó un resoplido y casi hizo que se le cayese la que tenía en la mano.

Había empezado a vivir por su cuenta hacía seis meses, pero todavía no tenía tetera. En su lugar, se había estado preparando bolsitas de té negro o comprándoselo en la *konbini*, antes de tomar el tren para ir a trabajar.

Después de mirar en distintos sitios y comparar las opciones, se había decidido por una tetera de cristal de líneas sencillas que costaba exactamente tres mil yenes.

Esa tetera le permitiría ver el color y el contenido del té de hierbas que preparase y se integraría sin problemas en su casa, que era de tonos claros. El té verde se vería también precioso.

Intentó recordar qué clase de tetera tenía su hermana, que era cinco años mayor que ella y ya estaba casada y con una hija. Si mal no recordaba, ella tenía una cafetera de acero esmaltado que también servía para hervir el agua y podía usarse como una teterita. Le sonaba que le había dicho que se quedó prendada de aquel utensilio desde el momento en que lo vio en la cuenta de Instagram de un ama de casa *influencer* que compartía trucos para ahorrar. Como era un poco cara, fue ahorrando poco a poco hasta que pudo comprársela. Miho todavía conservaba la imagen de las manos de su hermana mientras lavaba con cuidado la tetera para que no se dañara el esmalte. Y, aunque decía que era cara,

en realidad le había costado 3980 yenes.

La tetera de su madre, es decir, la que siempre habían usado en casa, se la habían regalado unas amigas por su cumpleaños. Se trataba de una pieza de marca fabricada en el norte de Europa. Su madre se llevaba muy bien con esas amigas desde la universidad y, quizá porque su juventud coincidió con el período de la burbuja económica, perdían la cabeza por los artículos de moda y la buena comida, y siempre estaban ojeando revistas dirigidas al público femenino.

Por otro lado, su abuela usaba una tetera de porcelana blanca y azul de la casa Royal Copenhagen y otra pequeñita que compró durante un viaje: una pieza única fabricada a mano por un alfarero. Ambas debían de haberle costado un ojo de la cara. Tres mil yenes no le darían ni para empezar a pagarlas, eso seguro.

Sin embargo, llevaba usándolas muchísimos años, así que el precio por año no llegaría a esos tres mil yenes. Debía de tener ambas teteras más que amortizadas, ya que las usaba hasta el punto de que, en el recuerdo de Miho, su abuela siempre aparecía tomando té con alguna de ellas.

«Vaya, pues a lo mejor la manera de gastar el dinero sí define a una persona», pensó Miho, devolviendo la tetera de cristal a la estantería. Al pensar que aquello que comprara representaría quién era ella, ya no estaba segura de si aquella tetera de cristal, transparente y de aspecto frágil, resultaba la más apropiada.

En los últimos años, las metas vitales de Miho habían pasado por graduarse en la universidad, conseguir un trabajo e independizarse.

En ese momento trabajaba en una compañía informática, ubicada en el barrio de Nishi-Shinjuku, que podría incluirse en la categoría de mediana empresa. Era un sector que tenía la mala fama de ofrecer unas condiciones laborales pésimas... Además, aunque su superior tenía una mentalidad relativamente moderna, un peldaño más arriba en la jerarquía de la empresa, ese escalafón formado por el director ejecutivo y los demás roles directivos que manejaban el cotarro, apestaba a carcamal.

En cuanto a la empresa, se trataba de la filial de una filial de una compañía que, cuando se fundó, se dedicaba a las telecomunicaciones. Haría unos diez años que se había independizado de la matriz e incluso le habían cambiado el nombre, pero todavía recibía encargos por parte del gobierno y de otras entidades públicas, así que tenía un negocio muy bien establecido.

Durante su época universitaria, Miho se había sentido atraída por distintos sectores y había dudado bastante sobre qué tipo de empresa elegir. Esa concretamente le había llamado la atención porque combinaba la vivacidad típica de las compañías informáticas con un sistema bastante fiable que aseguraba el bienestar de los empleados.

Más o menos al cabo de un año desde que empezó a trabajar, Miho alquiló un apartamento en el barrio de Yūtenji.

Siempre había soñado con vivir por su cuenta.

Su hogar natal se encontraba en la zona este del vecindario de Jûjô, a diez minutos a pie de la estación, muy cerca de la calle comercial de Jûjô Ginza. Como esta zona se encontraba en el distrito de Kita, hacia el este de Tokio, siempre había soñado con vivir algún día en un barrio ubicado más hacia el oeste de la ciudad.

Otro aspecto que le encantaba de su nuevo vecindario era que la definición de área residencial tranquila le venía como anillo al dedo. Además, en bicicleta, el popular barrio de Nakameguro estaba a cinco minutos, y la cafetería Blue Bottle, que estaba tan de moda, también quedaba cerca.

El precio del alquiler, incluyendo los gastos administrativos, era de 98000 yenes. Un poco caro, pero estaba dentro del rango que se podía considerar normal en el oeste de Tokio. Además, era un apartamento bastante nuevo, de veinte metros cuadrados y con la cocina separada del dormitorio. La inmobiliaria lo ponía por las nubes; decía que era un chollo.

Así que, en general, Miho estaba contenta con su vida.

Desde siempre, cuando se había propuesto algo, lo había hecho realidad. Tanto en los estudios como en el trabajo.

Pero eso duró hasta que despidieron a la señora Machie Oda.

La señora Machie tenía cuarenta y cuatro años. Había sido la mentora de Miho desde que empezó en la empresa. Era una persona con mucho talento y un gran corazón, y sabía hacer bien su trabajo. Pero no tenía la personalidad fuerte y

enérgica que suele caracterizar a ese tipo de gente, sino que más bien parecía una dulce doncella que se hubiera hecho mayor sin perder su candor.

De hecho, en realidad era una señorita de clase alta. Una vez Miho visitó su casa, que se encontraba en el barrio de Suginami. Vivía con su madre en una vieja mansión rodeada de altas vallas y un jardín lujoso con exuberantes árboles. Después de llamar a un timbre algo envejecido, la señora Machie y su madre acudieron juntas a recibirla. Su madre era una persona de baja estatura y bastante entrada en años, ya que había tenido a su hija con más de treinta y cinco, lo cual era inusual para la época.

—Esta casa es tan vieja que ya está todo para el arrastre —dijo la señora Machie cuando Miho se mostró impresionada ante la visión de la gran mansión. Y no parecía que lo dijera por humildad, sino porque de verdad lo pensaba.

Ese día llevaba el conjunto que solía ponerse también para ir a la oficina: una blusa marrón a cuadros, una chaqueta de punto y una falda del mismo color. Cuando tenía una reunión de empresa o iba a recibir a algún cliente, se ponía una americana de color azul marino. Se decía que el inconfundible estilo de la señora Machie no había cambiado casi nada desde que había llegado a la empresa. En realidad, no podía decirse que la mujer tuviera un gusto exquisito para la moda, ni mucho menos.

—Soy hija única y mi padre falleció muy pronto.

Miho tuvo suficiente con un vistazo para saber que la señora Machie siempre había vivido sola con su madre en aquella casa.

La hicieron pasar a un salón donde había sofás cubiertos con fundas blancas.

—Madre, mire, esto nos lo ha traído la señorita Miho.

—Vaya, qué amable. No hacía falta que se molestase...

Cuando Miho oyó la conversación mantenida en voz baja en la cocina sobre la tarta de queso que había comprado en Nakameguro, estuvo más segura que nunca de que la señora Machie era de lo más refinada.

—Siento mucho la demora en prepararlo, pero, ya que has sido tan amable de traernos un refrigerio, ¡no está de más que lo tomemos juntas!

—¡Tranquila, sin agobios! —gritó Miho sin pensar.

Aunque hubiera crecido en el vecindario de Jûjô, que era de clase obrera, no le habían faltado ocasiones de visitar los hogares de otras personas, así que sabía que lo más educado habría sido decir algo como: «No se preocupe, señora Machie». Pero, sin querer, había levantado la voz y se había tomado demasiadas confianzas con su compañera de trabajo, por lo que se sintió algo avergonzada.

Madre e hija rieron en voz baja y fueron sacando el té en unas tazas fabricadas en Japón, con pequeñas rosas pintadas. A su lado, colocaron la tarta de queso que había traído Miho y también unos dulces.

—Los dulces son caseros: los ha preparado mi madre —explicó la señora Machie, con las mejillas ligeramente ruborizadas.

—Sequé algunos de los pasteles de arroz que compramos por Año Nuevo —explicó su madre, también ruborizada—. Hace años que los encargo a la misma tienda de dulces tra-

dicionales y siempre me los hacen demasiado grandes. Mira que ya sé que Machie y yo solas no nos podemos terminar unos pasteles tan grandes, pero me sabe mal pedirles que los hagan más pequeños...

—Eso es porque hace mucho que conocemos a los dueños
—añadió la señora Machie.

—Total, que eso es lo que he usado para preparar estos dulces, pero, al lado de algo tan exquisito como lo que nos has traído, se quedan en nada. No hay comparación.

—¡Para nada! Estos dulces están riquísimos.

Era la primera vez que Miho probaba unos dulces espolvoreados ligeramente con azúcar, pero su sabor le resultó nostálgico. Aunque estaban fritos, no eran nada grasientos. Debía de haberlos freído con un buen aceite y mucha delicadeza.

—Soy de lo que no hay. Siempre que tenemos invitados termino sirviéndoles lo mismo, porque es lo único que se me ocurre.

—Mi abuela hace igual. Como se le da bien preparar col china encurtida, no puede aguantarse las ganas de servírsela a todos sus invitados.

—¡No me digas! Pues qué envidia me dan, porque a mí me encantan los encurtidos.

De nuevo, ambas rieron sutilmente, juntando un poco las caras. Al verlas, Miho se acordó de los rumores que difundían algunos empleados varones de la empresa, que decían que la señora Machie era «virgen sí o sí», y le entraron ganas de cogerlos y atravesarlos a todos juntos con un palo. En la oficina un buen número de personas dependían

de la señora Machie, y era querida por muchas otras, pero también se había convertido en el objeto de burlas crueles como aquellas.

Durante la primavera de ese año, la señora Machie había sufrido un derrame cerebral leve. Afortunadamente, estaba en casa cuando ocurrió, así que la llevaron al hospital enseguida y, al cabo de un mes de estar ingresada, volvió al trabajo tras hacer rehabilitación. Al principio arrastraba un poco las piernas, pero en unos meses ya no se notaba nada. Aun así, durante un tiempo la eximieron de hacer horas extras. Tanto su superior como sus compañeros, y también Miho, la instaron a tomárselo con calma. La señora Machie lo agradeció y continuó con su rehabilitación.

Entonces, Miho se sintió conmovida y también orgullosa del lugar en el que trabajaba. «Aquí todo el mundo es más bueno que el pan. Sabía que no me equivocaba con esta empresa», pensaba, y un sentimiento cálido le inundaba el corazón.

No obstante, al llegar el otoño, la empresa puso en marcha un plan de reestructuración a gran escala y uno de los primeros nombres que apareció en la lista de despidos fue el de la señora Machie. Acto seguido, tuvo que dejar el trabajo.

Al irse la señora Machie, Miho se empezó a dar cuenta de que se sentía rara. Mientras trabajaba, mientras almorzaba, mientras asistía a las reuniones de la empresa... En cualquier momento, de repente, le venía a la cabeza la señora Machie.

Se acordaba de sus palabras, de sus enseñanzas, de sus expresiones y de su forma de reír.

Y se preguntaba cómo estaría viviendo, junto con su pequeña y elegante madre, en aquel viejo caserón. Y se le estremecía el corazón.

Había más de una posible razón por la que incluyeron a la señora Machie en el plan de reducción de personal: que no había podido hacer casi horas extras debido a su enfermedad y, en consecuencia, obtuvo una nota algo baja en su evaluación; que era soltera, sin hijos y, aunque sí tenía a su madre, poseía una gran vivienda, cosa que la hacía «fácil de despedir» (todo el mundo estaba al tanto de la reputación de señorita bien que tenía la señora Machie); que no ocupaba un cargo directivo y, aun así, recibía un salario bastante alto por antigüedad, ya que había empezado a trabajar en aquella empresa nada más graduarse en la universidad... Ese tipo de cosas.

Pero, en realidad, cualquiera podía convertirse «fácil de despedir», fuera quien fuese.

La madre de la señora Machie ya tenía una edad y, aunque parecía que todavía gozaba de buena salud, no sería raro que de pronto necesitase asistencia en el día a día. Y todo el mundo sabía que la señora Machie, con más de cuarenta años, lo iba a tener muy crudo para encontrar un nuevo trabajo.

Al día siguiente de la partida de la señora Machie, Miho vio el escritorio vacío justo enfrente del suyo y le dio la sensación de que el suelo se tambaleaba bajo sus pies, como si todo lo que había dado por sentado, todo aquello en lo que confiaba, se hubiera vuelto incierto de repente.

En cambio, durante el descanso, el gerente, el subgerente

y los demás empleados se reían mientras hacían tonterías como imitar el *swing* del golf. «Estos siguen adelante con sus vidas, como si nada. Les importa un comino la señora Machie», pensó Miho. «¡Con el disgusto que me he llevado yo!».

Sin embargo, si le hubieran preguntado qué podía hacer ella al respecto, no habría sabido qué decir.

Por mucho que le pesase, cuando incluyeron a la señora Machie en la reducción de plantilla le resultó imposible proponer algo como «despidanme a mí en su lugar». Y eso que sabía que, aunque pudiese tardar un tiempo, era casi seguro que a ella, siendo más joven, le resultaría más fácil encontrar otro trabajo. Odió a la empresa por hacerla sentir de ese modo.

En diciembre llegó la época del fin de año.

Como era costumbre, la empresa de Miho también celebraba una fiesta por estas fechas para recibir el nuevo año con la mente fresca. La celebración se dividía generalmente en dos rondas: la primera era un evento al que asistían el jefe de departamento y todos los empleados de este, por lo que se congregaban unas doscientas personas; en la segunda ronda, el grupo se dividía en las distintas secciones del departamento y celebraban sendas fiestas en distintos locales. Los organizadores de ambas actividades siempre eran los nuevos empleados o, lo que es lo mismo, el personal más joven de la empresa.

De modo que, durante esa época, los empleados de vein-

tipocos años llevaban el trajín propio de fin de año y, además, tenían que preparar la fiesta, por lo que, sin exagerar, dudaban de si saldrían vivos de aquella locura.

Miho también lo había pasado fatal el año anterior. Si había podido sobrellevarlo, había sido solo gracias a la ayuda de la señora Machie.

Ella era la única empleada de más edad que se dignaba a asesorar a los novatos sobre la fiesta. Cada año echaba una mano a los nuevos empleados del departamento, tanto a la vista de todos como de forma más discreta, ayudando con los preparativos de tal celebración a gran escala, que era algo a lo que no estaban acostumbrados: ella se prestaba a darles consejo si se lo pedían, e incluso lo revisaba todo al final para que no hubiera errores.

Al recordar todo esto, Miho sintió tal nostalgia que sus ojos se llenaron de lágrimas y estuvo a punto de dejar de trabajar en los preparativos de la fiesta. Estaba completamente segura de que, si el año previo no hubiese gozado de la inestimable ayuda de la señora Machie, no habría salido airosa de aquello. En aquel momento se sintió agradecida de corazón por todo lo que le había enseñado. Y ella también se esforzó por ayudar a sus compañeros más jóvenes tanto como pudo.

Llegó el día de la fiesta y, de algún modo, consiguieron que la primera parte del evento transcurriese sin contratiempos. Luego se desplazaron hasta el karaoke, donde continuarían la celebración. Para que todos los empleados de la sección de Miho pudieran estar juntos, habían reservado una sala de karaoke de tamaño grande. Como los jefes

no terminaban de decidirse a cantar, aunque en realidad se morían de ganas, Miho tuvo que tomar la iniciativa e interpretar un dueto con el subgerente para animar el ambiente.

Después de eso, casi se pegaban incluso por cantar. «Lo que hay que hacer...», pensó Miho, sentada en un rincón de la sala. Se había pasado toda la primera parte sirviendo copas y asegurándose de que los estofados que se preparaban en cada mesa se cocinaran bien, de modo que casi no había probado bocado. Ya más relajada, estaba comiendo un trozo de *pizza* fría y unas patatas cuando oyó una voz tosca que decía:

—Así que... ¿crees que el gerente Minamiyama se la estaba tirando?

No pudo oír toda la frase, pero empleaba un tono tan vulgar que Miho tuvo ganas de taparse los oídos con las manos, lo que le dejó claro que estaban poniendo verde a alguien.

—¡Ni de coña! Al menos, Minamiyama siempre lo ha negado. Y creo que ni siquiera él podría caer tan bajo.

Oyó risas ahogadas. Desvió la mirada con disimulo hacia el lugar de donde provenían y vio que cinco o seis de los jefes del grupo habían formado un corro en un rincón de la sala y cuchicheaban entre ellos.

Mientras tanto, el gerente Minamiyama estaba pasándosele en grande cantando, ajeno a todo.

Daba la impresión de que cotillear sobre la persona que cantaba se había vuelto el nuevo aperitivo para acompañar el alcohol.

—Entonces, ¿la señora Machie todavía es virgen?

—Supongo que sí.